

Una guía práctica para la educación jesuítica



Origen

El primer colegio jesuita se inauguró en Mesina, Sicilia, en 1548, pero las raíces de la educación jesuítica provienen de un acontecimiento anterior. En 1521, un joven que se instruía para una carrera en la Corte de España fue herido durante un combate militar contra los franceses. Ignacio de Loyola era el más joven de una familia de nobles feudales en la región vasca, al norte de España. Ignacio volvió al hogar de su familia para recuperarse de las heridas. Ahí, se dedicó a la lectura sobre la vida de Cristo y de los santos, lo cual lo motivó a reflexionar profundamente sobre su propia vida y experimentó un llamado para abandonar su carrera en la Corte y seguir a Jesús.

Llamándose a sí mismo un “peregrino”, viajó a través de España hasta el antiguo monasterio de Montserrat, donde ofreció su espada a María como un símbolo de su nueva vida. En la vecina ciudad de Manresa, permaneció solo durante varios meses, en oración y reflexión, y al servicio de los necesitados, intentando aprender por sí mismo los principios fundamentales de la vida espiritual. A pesar de sus errores, fue aprendiendo gradualmente a distinguir entre qué lo guiaba hacia Dios y qué no. Posteriormente, Ignacio describió esa etapa de su vida como en la que: Dios le enseñaba de la forma en que un maestro de escuela le enseña a un niño. Él descubrió que poseía un talento para ayudar a otros a encontrar la libertad para responder a la invitación de Dios en sus vidas. Loyola comenzó a registrar por escrito sus experiencias espirituales, así como las conversaciones que sostenía con aquellos que acudían a él. Ésta fue la base para un pequeño libro que produjo después para quienes ayudaban a otros a crecer espiritualmente, el cual nombró: Ejercicios Espirituales.

Ignacio decidió que para servir a Dios de forma efectiva, necesitaba una educación. Su búsqueda lo llevó a la Universidad de París, donde se convirtió en el centro de un grupo de amigos.

Jesuitas

Por medio de sus Ejercicios Espirituales, los indujo a reflexionar acerca de cómo utilizarían los dones y personalidades únicas que Dios les había dado. Después de obtener sus títulos, decidieron permanecer juntos como grupo y “ayudar a las personas” tal como Jesús y sus discípulos lo hicieron. Gradualmente, llegaron a la decisión de formar una nueva orden religiosa. Fueron ordenados sacerdotes católicos y, en 1540, recibieron la aprobación del Papa y se denominaron “La Compañía de Jesús”. Luego, los críticos los llamaron “Jesuitas” en forma de burla y les quedó ese nombre.

¿Cómo se involucraron los jesuitas en las escuelas?

Al inicio, no existía una actividad exclusiva que definiera la nueva orden religiosa. Los primeros jesuitas predicaban en las calles, guiaban a los hombres y mujeres a través de los Ejercicios Espirituales, enseñaban teología en las universidades, catequizaban niños y cuidaban de las víctimas de la peste y las prostitutas. Otros partieron a diferentes partes del mundo a trabajar, como lo hizo Francisco Javier, quien fue a la India. Ellos descubrían su misión conforme practicaban, adaptándose a los cambios, tomando riesgos y aprendiendo por medio de prueba y error.

Sin embargo, los primeros integrantes fueron graduados de la mejor universidad de Europa y se veían a sí mismos como especialistas en “ministerios de la palabra”. Gradualmente, descubrieron que existía una actividad emergente que conectaba su desarrollo intelectual, su espiritualidad de afirmación del mundo, su experiencia pastoral y su objetivo de ayudar a las almas. Cuando los ciudadanos de Mesina pidieron a Ignacio que abriera una escuela para sus hijos, él parece haber decidido que las escuelas podían ser

un medio poderoso para formar las mentes y los corazones de aquellos que pudieran influenciar a muchos otros, puesto que algún día serían personas importantes en sus comunidades. Cuando la escuela en Mesina demostró ser exitosa, se multiplicaron las solicitudes para abrir escuelas y pronto la educación se convirtió en la actividad característica de los jesuitas.

Cuando falleció Ignacio, en 1556, había 35 escuelas jesuitas a través de Europa. Doscientos años después, habían más de 800 en Europa, Asia y América Latina. Éstas formaban el sistema educativo más grande —y el primero realmente internacional— antes de la era moderna de escuelas públicas

¿A qué se debía el éxito en las escuelas jesuíticas?

La respuesta simple es que éstas satisfacían una necesidad. Europa entró al mundo moderno casi de un día para el otro al inicio del siglo XVI. Los viajes de exploración a las Américas y a la India, el alzamiento protestante y la imprenta de Gutenberg, cambiaron la forma en que las personas percibían el mundo, redistribuyeron las riquezas y convirtieron a Europa en un campo de batalla de ideas. La próspera clase media quería una educación que preparara a sus hijos para las oportunidades brindadas por este nuevo mundo que se abría a su alrededor a una velocidad vertiginosa.

Cuando los jesuitas iniciaron sus escuelas, habían dos modelos disponibles. Una era la escuela medieval, donde los estudiantes se preparaban para ejercer profesiones como derecho, el clero y la docencia, mediante estudios de las ciencias, matemáticas, lógica, filosofía y teología. El otro modelo era la academia humanística renacentista, que comprendía un currículo basado en poesía griega y latina, drama, oratoria e historia. El objetivo de la universidad era instruir la mente mediante la búsqueda de la verdad especulativa. El objetivo de los humanistas era la formación del carácter; lograr

que los estudiantes se convirtieran en mejores seres humanos y líderes cívicos. Las escuelas jesuitas eran las únicas en combinar estos dos ideales de la educación.

Probablemente, la razón principal del éxito de las primeras escuelas jesuitas, era un conjunto de cualidades a las cuales los jesuitas aspiraban para ellos mismos y que conscientemente se propusieron desarrollar en sus estudiantes:

- Conocimiento de sí mismo y disciplina.
- Observación de la propia experiencia y la de otros.
- Confianza en la guía de Dios en sus vidas.
- Respeto a la razón y al intelecto como herramientas para descubrir la verdad.
- Habilidad para discernir el camino correcto.
- Convicción de que los talentos y los conocimientos son dones que deben ser utilizados para ayudar a otros.
- Flexibilidad y pragmatismo en la resolución de problemas.
- Ambición de un corazón grande, y el deseo de encontrar la obra de Dios en todas las cosas.

Estas cualidades eran el producto de la espiritualidad distintiva que los primeros jesuitas aprendieron de Ignacio, y que Ignacio había aprendido a partir de su propia experiencia. Los jesuitas esperaban, a su vez, formar a sus estudiantes bajo la misma visión espiritual, para que, consecuentemente, sus graduados estuvieran preparados para vivir una vida trascendental como líderes en el gobierno, las profesiones y la iglesia.

La educación jesuítica es un proceso

¿De qué manera se traduce esta visión espiritual en una visión educacional? Los primeros jesuitas lucharon para describir lo que ellos llamaban “nuestra forma de proceder”. Sus explicaciones variaban, pero parece ser que ellos percibían su distintiva espiritualidad como un proceso de tres partes. Se comienza por prestar atención a la experiencia, luego en reflexionar sobre su significado y termina con decidir cómo actuar. La educación jesuítica, por consiguiente, puede ser definida en función de tres actividades clave:

1. Ser atento

El ser humano aprende mediante la organización de su experiencia y apropiándose de ésta en las crecientemente complejas estructuras psicológicas, mediante las cuales capta y comprende el mundo. El aprendizaje es un proceso activo desde la infancia: en la edad temprana sucede sin que la persona esté consciente de éste, pero, al convertirse en adolescente, la persona elige si continuará o no aprendiendo.

El aprendizaje consciente comienza con prestar atención a la experiencia— la experiencia de la vida interior de cada quien y de las personas y el mundo que le rodean. Cuando se hace esto, se puede notar una mezcla de luz y oscuridad, de sentimientos e ideas, de las cosas que le alegran y de las que le entristecen. Es un rico cuadro y su complejidad aumenta en la medida que le permite registrarse en su conciencia.

Ignacio estaba convencido de que Dios se relaciona directamente con nosotros en nuestra experiencia. Esta certeza descansa en su profunda convicción de que Dios está obrando en

cada cosa que existe. (Es por esto que el espíritu de la educación jesuítica es a menudo descrito como **“encontrar a Dios en todas las cosas”**). Así que nuestros pensamientos y sentimientos más íntimos, nuestros deseos y nuestros miedos, y nuestras respuestas hacia las personas y las cosas que nos rodean, no son solamente un ir y venir ni acontecimientos accidentales de nuestra vida interna, sino los momentos privilegiados mediante los cuales Dios crea y mantiene una relación única con cada uno de nosotros.

¿De qué manera se presta atención? Observando, preguntándose, abriéndose a las nuevas experiencias, permitiendo que la realidad de las personas y las cosas entren en la conciencia bajo sus propias condiciones.

De ahí que las escuelas jesuitas han hecho énfasis, tradicionalmente, en la educación humanista, en un currículo central, en las artes y las humanidades —estudios que puedan aumentar la comprensión del significado de ser “humano” y, a partir de esto, volverse más comprensivos hacia las experiencias distintas de las propias—. Esto también sucede fuera del aula —por ejemplo, en programas de servicio; cuando se entra en las vidas de otros—. Con respecto a los estudiantes involucrados en trabajar para los pobres, Peter Hans Kolvenbach, el actual líder de los jesuitas en el mundo, comentó: “Cuando el corazón es tocado por la experiencia directa, la mente puede ser retada para cambiar”. El mecanismo clave que estimula este proceso de aprendizaje y de cambio es el prestar atención.

2. Ser reflexivo

El prestar atención a la experiencia propia puede resultar en una compleja variedad de imágenes, de comprensiones no relacionadas y de sentimientos que nos llevan en direcciones que se contradicen. Para conectar las partes de la experiencia en un todo, es necesario examinar la información, probar la evidencia, esclarecer las relaciones, comprender las causas y las implicaciones,

y evaluar las opciones según sus posibles consecuencias. O sea, es necesario identificar los patrones en la experiencia propia y aprovechar su significado. **La reflexión es la manera mediante la cual se descubre y ordena el significado de la experiencia propia.**

Entender nuestra experiencia puede ser una actividad de introspección —identificar nuestros dones y el futuro hacia el cual nos guían, o confrontar nuestros prejuicios, temores y defectos que nos impiden ser la clase de persona que deseamos ser— pero también puede significar ver hacia fuera —a las preguntas que la filosofía y la teología nos plantean, a temas como biología, finanzas o economía, y a las diferentes maneras en que éstos organizan e interpretan el mundo y nos ayudan a comprendernos a nosotros mismos—. En cualquier dirección, el objetivo de la reflexión es la libertad que obtenemos al conocernos a nosotros mismos, al entender el mundo y encontrar la dirección de nuestras vidas, que nos revela Dios mediante nuestra experiencia.

La reflexión es una forma de comprobación de la realidad. Necesita tiempo y atención. A la larga, es un trabajo de la inteligencia, razón por la cual la educación jesuítica ha hecho siempre énfasis en la excelencia intelectual. No hay un sustituto para usar la mente que Dios nos ha dado, para entender nuestra experiencia y descubrir su significado.

3. Ser compasivo

Ser atento se refiere en gran parte a nosotros y a la manera en que Dios trabaja en nosotros mediante nuestra experiencia. Ser reflexivo dirige nuestra atención hacia fuera y compara nuestra experiencia con la sabiduría acumulada del mundo. Para ser compasivo es necesario que observemos aún más de cerca el mundo que nos rodea. Nos plantea la pregunta: ¿De qué manera actuaremos en este mundo?

Por una parte, ésta es una pregunta sobre qué haremos con los conocimientos, la autocomprensión y la libertad de las que nos hemos apropiado mediante la reflexión. ¿De qué manera debemos actuar en formas que sean consecuentes con este nuevo ser y con lo que ahora sabe y valora?

Pero no podemos alcanzar la respuesta a esta pregunta sin descubrir que ésta no sólo incluye nuestra vida y la manera en que puede ser más auténtica. También es una pregunta acerca de nuestra relación con el mundo que nos rodea y qué necesita ese mundo que nosotros hagamos. No somos criaturas solitarias. Desde que estábamos en el vientre de nuestra madre, vivimos en relación con otros, crecemos en instituciones culturales, sociales y políticas que otros han creado para nosotros. Ser "humano" es encontrar nuestro lugar en estas relaciones e instituciones, hacernos responsables por éstas, contribuir a cultivarlas y a mejorarlas, para así ofrecer algo de vuelta.

Podemos entender esto en términos totalmente laicos si así lo deseamos, pero a través de los ojos de la fe encontramos una razón aún más convincente para pensar y vivir de esta forma. Ignacio finaliza sus Ejercicios Espirituales con una consideración de amor. Para él, crecer en el amor es el sentido total de la vida espiritual. Él sugiere dos principios que nos ayudan a entender el amor. Uno, es que el amor se demuestra más con hechos que con palabras. Lo que cuentan son las acciones, no las palabras y las promesas. De ahí que la educación jesuítica es incompleta si no produce hombres y mujeres que harán algo con sus dones.

Más profundamente, Ignacio dice que el amor consiste en la comunicación. Aquel que ama comunica lo que tiene con otro. Por lo tanto, las personas que se aman desean lo mejor uno para el otro, dan al otro lo que tienen, comparten.

Es fácil encontrar esta comunicación entre dos personas que se aman. Sin embargo, para Ignacio, el amor era más dramáticamente evidente en las relaciones que Dios tiene con los seres humanos. Hay dos ejemplos de esto que son centrales en los Ejercicios.

Primero, Dios crea el mundo y da vida a todo lo que existe en éste. Las personas y las cosas adquieren vida debido a que Dios les comunica su propia existencia. Y Dios continúa trabajando en cada persona y cada cosa en su propia realidad específica y en todo momento. Dios continúa queriendo mantener una relación con nosotros, aún cuando fallemos en responder. Segundo, el regalo de la creación es incomparable con el regalo que Dios nos hizo de la persona de Jesús. El que Dios haya tomado nuestra naturaleza humana para sanar nuestra desolación es la última evidencia del amor de Dios. La vida y la muerte de Jesús es, para Ignacio, el modelo de cómo amar de vuelta.

Si cada ser humano es amado por Dios, entonces nuestras relaciones afectuosas no están limitadas a las personas a quienes escogemos amar, o a nuestras familias, o a la clase social o grupo étnico al cual pertenecemos. Estamos en el potencial de amar a todo el mundo.

Por consiguiente, la educación jesuítica no es suficiente para vivir auténticamente en el mundo. Debemos participar en la transformación del mundo (la frase hebrea *tikkun olam* nos conduce a la misma idea, de arreglar o reparar el mundo). Durante más de cuatrocientos años se ha dicho que la educación jesuítica educa a “la persona íntegra”. Hoy, vivimos en un creciente sentido global de lo que significa ser “humano”. Una persona no puede ser considerada “íntegra” sin una solidaridad inculcada hacia los otros seres humanos, con sus esperanzas y temores y, especialmente, con sus necesidades. No podemos prestar atención a nuestra experiencia y reflexionar respecto a ésta sin comprender cómo nuestras propias vidas están conectadas con los sueños de todos aquellos con quienes compartimos el recorrido de la existencia humana y, por consiguiente, con las realidades económicas, políticas y sociales que respalden o frustren sus sueños. De ahí que a menudo se dice que la educación jesuítica produce “hombres y mujeres para los demás”.

El hábito del discernimiento

Hemos mencionado que la educación jesuítica es un proceso que tiene tres puntos clave: ser atento, ser reflexivo y ser compasivo. Esto resulta en la buena toma de decisiones, a lo que Ignacio llamaba “discernimiento”. El objetivo de la educación jesuítica es producir hombres y mujeres para quienes el discernimiento es un hábito.

Podemos percibir el discernimiento como el proyecto de por vida de explorar nuestra experiencia, nombrar su significado, y vivir de una manera que traduzca este significado en acción. También podemos percibir este proceso como algo en lo cual nos enfocamos con una intensidad especial durante momentos específicos de nuestra vida por ejemplo, durante los cinco años de universidad, o cuando tenemos que tomar decisiones importantes y queremos hacerlo libremente y en el sentido en que Dios nos llama a hacerlo. En estos momentos, quizás estemos especialmente conscientes de hacer Ejercicios Espirituales que nos ayuden durante el proceso. Pero también podemos ver estos tres pasos como las dinámicas ligadas a nuestra vida diaria, las actividades de cada momento, para convertirnos en humanos íntegros.

Posiblemente, es el diario ejercicio del discernimiento el que aterriza las otras formas de crecimiento espiritual —la práctica regular de la atención, la reflexión y las decisiones mediante las cuales nuestras vidas toman una dirección significativa—. De hecho, Ignacio pensaba que la más útil clase de oración es dedicar unos minutos en cada día alimentando nuestra conciencia de cómo Dios trabaja en los eventos del día y cómo nosotros respondemos; esta práctica es llamada examen. Se comienza pensando que Dios está involucrado en determinar la dirección de nuestra vida y se pide luz al respecto. Luego, se examinan los eventos del día, especialmente aquellos en donde los sentimientos han estado más involucrados, ya sea positiva o negativamente. Se reflexiona acerca de los patrones

y de la comprensión sobre cuáles experiencias le guiaron hacia Dios y cuáles lo hicieron en sentido contrario. Se termina con mirar hacia mañana, y se pide vivir en el futuro con una creciente fe en Dios.

Para Ignacio, un elemento clave para el discernimiento es el ejercicio de la imaginación. Al hacer el examen, sugiere que utilicemos nuestra imaginación para provocar los sentimientos que nos han conducido a un lado o al otro durante el día e imaginarnos cómo podríamos vivir de forma diferente mañana. En los Ejercicios, cuando nos aconseja de qué forma orar, él nos insta a tomar un pasaje del Evangelio e imaginarnos como presentes en la escena, escuchando lo que dicen las personas en éste, experimentando sus sentimientos, y nos pide que evoquemos nuestros propios sentimientos en respuesta. Y, en el relato de sus primeras experiencias espirituales, nos cuenta que, mientras se recuperaba de sus heridas, él se recostaba en su cama junto a la ventana abierta de su dormitorio y contemplaba las estrellas, perdido en sueños acerca de las grandes hazañas que realizaría: inicialmente, por la princesa de quien estaba enamorado y, luego, por Jesús. Aún en los primeros años de la Compañía de Jesús, cuando pasaba sus días sentado en un escritorio en Roma administrando los asuntos de la Orden, él subía al techo de la residencia jesuita en la noche y observaba las estrellas para ver su vida de la forma en que Dios la miraba. Encontrar imágenes que personifiquen nuestros sueños puede ser una forma de oración de por vida.

En la práctica del discernimiento, crecemos en la capacidad de imaginar de qué forma viviremos nuestras vidas. Descubrimos nuestras vocaciones. El novelista y teólogo Frederick Buechner describe la vocación como “el sitio donde se encuentran tu gozo profundo y el hambre del mundo”. Cuando alcanzamos este sitio, y comprendemos la relación entre quienes somos y lo que el mundo necesita de nosotros, Ignacio nos pide que no temamos vivir con las consecuencias de esta realización, de responder generosa y magnánimamente, puesto que ésta es la forma en que podemos amar de la forma en que Dios ama. La tradición jesuita usa la palabra latina *magis* o “más” para resumir este ideal, una vida vivida en

respuesta a la pregunta: ¿Cómo puedo ser más, hacer más, dar más?
La educación jesuítica está completa cuando los graduandos se apropian de esta visión de vida y trabajo.

La educación jesuítica de hoy

AUSJAL

Es un organismo voluntario de carácter internacional que actualmente congrega a 28 Universidades y Escuelas de Estudios Superiores confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina y el Caribe.

El principio rector que orienta la acción de Ausjal es el desarrollar una alta calidad científica con agudo sentido de la aplicación de los estudios para mejorar la calidad de vida de nuestras sociedades por medio de la elevación de la productividad social. Se trata de proponer el fin humanista, de lograr oportunidades de vida (y oportunidades para ser productores) para todos, especialmente para las mayorías hoy excluidas y ordenar hacia su consecución la ciencia, las técnicas, las capacidades productivas y la responsabilidad social; y esto de manera sustentable en el tiempo, evitando que nuestras acciones de hoy priven de oportunidades a los de mañana. Para AUSJAL el sentido de lo público, la responsabilidad social, el espíritu democrático y el incremento de la capacidad organizativa de nuestras sociedades ha de ser un sello distintivo del aporte ético de nuestras universidades.

AUSJAL aspira a ser la primera red universitaria en América Latina con identidad y liderazgo compartido y una estrategia común para la transformación educativa y social de la región.

Cada vez más, todas estas instituciones están integradas y administradas por hombres y mujeres que no son jesuitas y quizás no sean ni siquiera católicos o cristianos, pero que están motivados por la visión de la educación jesuítica y la espiritualidad de Ignacio. La educación jesuítica continúa adaptando ideales antiguos a la nueva época y a las nuevas necesidades.

La Universidad Rafael Landívar

Fue fundada el 18 de octubre de 1961, como una continuación de los esfuerzos educativos de la Compañía de Jesús durante los tiempos coloniales en el Colegio de San Lucas, en Santiago de los Caballeros de Guatemala.

En su fundación también participaron laicos comprometidos que querían una alternativa privada de educación superior para Guatemala.

En sus casi cuarenta y tres años de fundación, la Universidad se ha dedicado a formar profesionales a través de sus nueve facultades, en el Campus Central, facultades de Quetzaltenango y nueve sedes regionales. Asimismo, trabaja en proyección social y en investigación, teniendo como fin el coadyuvar a la transformación de Guatemala hacia estadios más humanos, más libres, más dignos y productivos.

(Tomado en parte de A Pocket Guide
to Jesuit Education, Boston College)

Traducido al español por
Susan Skinner Alvarado